

la dictadura. En la prisión fue testigo del más inhumano horror carcelario (los presos comunes, que comparten con los políticos el mismo local, son ex hombres al parecer, sin recuperación posible: delincuentes avezados, homosexuales, locos), pero también halló ahí las muestras más admirables del heroísmo, de santidad. La inmundicia no contamina a ciertos sindicalistas, a ciertos dirigentes, precisamente a los de más humilde origen. Es este año en que *El sexto* ha aparecido, testimoniando acerca de un aspecto de la organización peruana que parece no haber variado desde la época en que el autor de esta patética historia sufrió la penitenciaría. En esta versión del mundo urbano, el escritor insiste en buscar el hondón más firme de humanismo que prevalece en las víctimas de la deforme sociedad peruana. En el despojo y la discriminación que padecen los campesinos y en el ahogo y la humillación que sufren los encarcelados por la dictadura, Arguedas encuentra puro al hombre, y en esa pureza descubre su libertad, la que algún día —y esto fluye

de la lectura de los libros de este autor sin que en sus páginas se diga como una proclama— esplenderá en una comunidad justa.

Si Arguedas enriquece el indigenismo, paralelamente otros autores sientan las bases de una novela que ya no puede calificarse así: Julio Ramón Ribeyro (*Los gallinazos sin plumas*, *Crónica de San Gabriel*), Enrique Congrains (*Lima, hora cero*; *No una, sino muchas muertes*), Oswaldo Reinoso (*Los inocentes*), Carlos A. Zavaleta, que describe la vida en la ciudad provinciana, mestiza (*Los Ingar*, *El Cristo Villena*, *Vestido de luto*), Mario Vargas Llosa (*Los jefes*), etcétera, son algunos de los nombres de la nueva generación de narradores, en quienes, de un modo general, el unilateral indigenismo de hace treinta años se convierte en una suerte de prisma de la realidad —como le ha llamado el profesor Alberto Escobar— en cuyas faces el país, tal cual es, se ve como una multiplicidad en crisis de definición y ordenamiento.

te junto al cuerpo amado. La poesía persigue aquel éxtasis imposible de retener por otro medio: "Sólo la poesía puede capturar el erotismo."

Los motivos del erotismo son constantes dentro de la obra de Jorge Gaitán Durán, y bastaría con recordar que algunas de sus más reveladoras páginas de ensayista son las que consagró al Marqués de Sade. En sus poemas persevera esta llama inquietante. Por eso ellos no ofrecen la nota simplemente sentimental, que es la común para el desahogo del anhelo amoroso. Su actitud pretende descubrir aspectos más recónditos de los que a primera vista se sospechan en el amor o el deseo. El hombre y la mujer que se aman son calavera y son huesos y son muerte antes de la muerte. El epígrafe de Quevedo nos da una de las claves de este hermoso libro. El de Novalis, sobre las relaciones entre los mundos visible e invisible, nos acerca a lo desconocido, que es la única realidad que de veras deseáramos. La poesía de Gaitán Durán, en medio de la apariencia de la belleza física y de la sensualidad, se agita entre estas tenebrosas preocupaciones:

Sé que estoy vivo en este bello día
acostado contigo. Es el verano.
Acaloradas frutas en tu mano
vierten su espeso olor al mediodía.

Antes de aquí tendernos no existía
este mundo radiante. ¡Nunca en vano
al deseo arrancamos el humano
amor que a las estrellas desafía!

Hacia el azul del mar corro desnudo.
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo.
Nazco en el esplendor de conocerte.

Siendo el sudor ligero de la siesta.
Bebemos vino rojo. Ésta es la fiesta
en que más recordamos a la muerte.

La poesía de *Si mañana despierto*, que en parte nace del mundo de la inteligencia, no corresponde, a pesar de sus desvelados orígenes, al destino exclusivo de una desolación mental. En ninguna forma este poeta podría tomarse como un desengañado de cuanto le rodea. Su poesía es leal a su vida. El universo le incita, a cada momento, a través de innumerables hechizos, y la melancolía de la nada apenas por rareza insinúa sus sombras. Esta poesía participa intensamente del calor y del rumor de la existencia en torno, mas no cede a sus halagos sino que intenta penetrarla, ir más allá de su gozo, desgarrándola con amor y violencia y en un perpetuo ademán de deslumbramiento. La vida arde y, entre tanto, despertamos del tiempo. El poeta es consciente, a la vez, de su soledad y de la sed de tierra y cielo que agudiza su desamparo:

Soledades del cielo, las estrellas;
Los hombres, soledades de la tierra.

Si mañana despierto constituye una de las muestras más afortunadas en la obra de este poeta, y es admirable, dentro de la perspectiva de unos años, comprobar cómo ella ha ido ganando en intensidad, en belleza, en rigor. Al vocablo esbelto y a la metáfora llena de luz y de gracia, que sorprendieron desde el primer momento a los lectores de esta poesía, se añade, en nuevos y sucesivos ejemplos, un grave dón expresivo, empeñado en manifestarse, con hondura y originalidad, dentro de algunos de los temas más sugestivos de la lírica contemporánea.

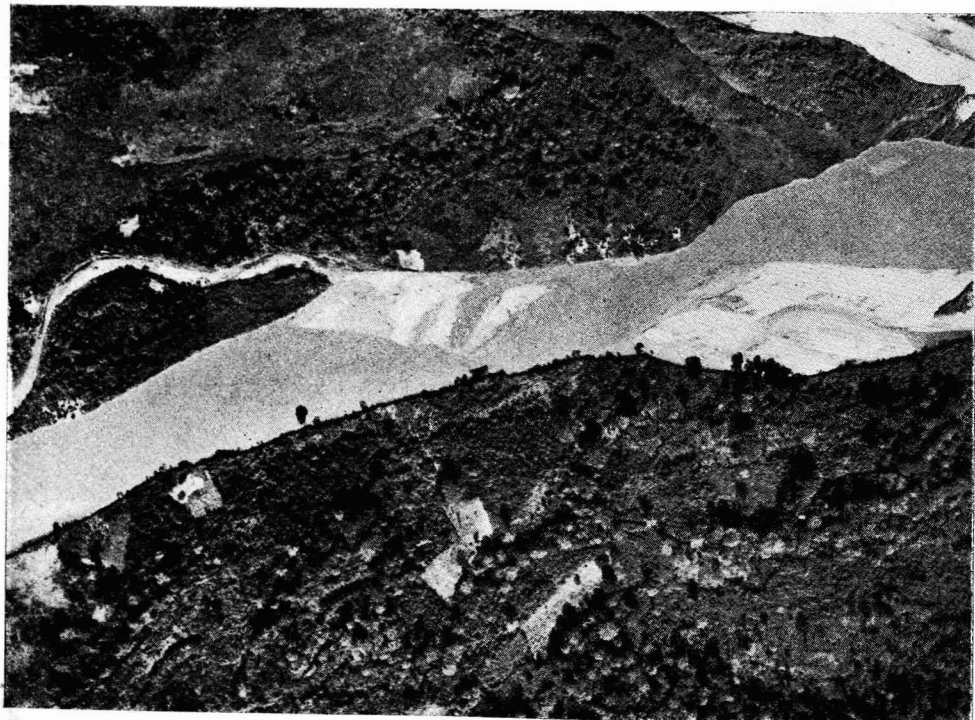
Carta de Bogotá

Por Fernando CHARRY LARA

La combinación de poemas y de trabajos en prosa que en *Si mañana despierto* se realiza, con asombro de algunos, obedece, a mi juicio, a un rasgo de la poesía de Jorge Gaitán Durán que cada vez tiende a acentuarse de manera más firme. Este aspecto sobresaliente es el de que su lírica busca, más allá de la palabra y de la imagen, ese innombrable momento en el que la emoción intelectual coincide con la tensión poética. No existe, a través de ella, exposición o raciocinio alguno, lo que, no importa la bondad o sugestión de las ideas, destruiría su naturaleza, su vocación de poesía. El verso no obedece a una intención discursiva: es un ardiente monólogo. Pero en la poesía de Jorge Gaitán Durán se reflejan problemas de la inteligencia

que, por su reiteración e intensidad, han entrado a formar ya parte de la experiencia más profunda del poeta.

Los fragmentos de un *Diario* acompañan a los poemas de *Si mañana despierto*. Son notas en prosa que no se proponen, exactamente, un designio poético inmediato. Mas en ellas aparecen algunos desarrollos que pudieran ser tomados como ampliación de los asuntos de su poesía. Entre ellos, el erotismo, entendido tanto en lo que se refiere al desnudo y deslumbrador momento de la conjunción amorosa como a sus proyecciones hacia la muerte, el vacío y la soledad humana. La invasión fúnebre penetra fantasmalmente dentro de dos seres que se consumen en un abrazo cálido. Una copa de terror bebe el aman-



El río Magdalena — "Hacia el azul del mar corró desnudo"